

Según la disposición de ánimo en que él pudo encontrar aquellas fuerzas, así hubiera podido utilizarlas. Si conducía á Francia estos tres regimientos desmentiría alguna de las murmuraciones que se hacían acerca de sus relaciones con Dumouriez, se haría verdaderamente popular. Todos hubieran dicho: «Mientras la Convención colocaba á Orleans fuera de la ley, él devolvía su ejército á la Francia.» Hubiera entrado no absuelto, pero sí glorioso, bajo un arco de triunfo como los héroes del patriotismo y de la fidelidad.

La actitud triste y desconfiada de los tres regimientos hizo inútil todo intento.

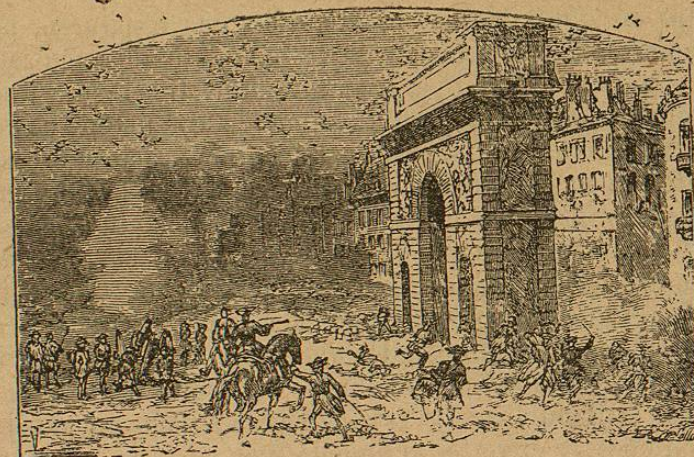
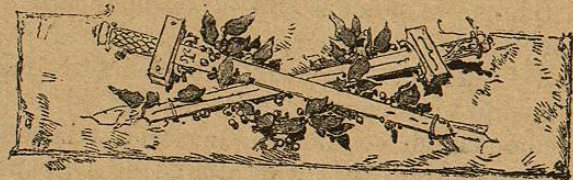
Igualdad, fuera ya de la ley, causó recelos á los tres regimientos que desconfiando de su suerte no iban á entregarse en manos de un jefe sospechoso.

Se pasó á los austriacos, no para seguir á Dumouriez, si no para adquirir un pasaporte y conducir á su familia á Suiza y hacerse olvidar en el destierro.

Nada tan conveniente para él como esperar el curso de los acontecimientos é irse desligando poco á poco de todos los nudos que lo ataban á la Revolución, á fin de que se operase una transición suave, para que se estimase su arrepentimiento. Libre de Dumouriez no tardó en deshacerse de madama Genlis. La sacrificó á su madre porque necesitara reconciliarse pronto y á toda costa.

Era aun el heredero de la inmensa fortuna de su madre. Conservaba esta los bienes de su padre el duque de Ponthievre, bienes que respetó la Revolución.

Desde el año 94 pudo gozar de una renta de cuatro millones, y estando á la expectativa de ser el primer propietario de Europa.



PREFACIO AL TERROR

EL TIRANO

Cada época tiene sus frutos. No abominemos de la vida, pues cada estación nos enseña nuevos y ricos manjares. El tiempo nos abre los ojos acerca de sucesos que, conociéndolos antes, no nos los explicábamos. Transcurridos quince años después que publiqué la historia del Terror he visto nuevos horizontes y he descubierto nuevos hechos. Sin embargo, ninguno de los por mí transcritos ha resultado inexacto. Al contrario, cuantos documentos se han hecho públicos han venido á confirmar lo que había sentido y adivinado á través de tan candentes episodios. Hoy juzgo aquellos hechos con mayor claridad todavía y puedo sentar por lo mismo una nueva afirmación: bajo su forma apasionada y revoltosa, aquella fué la época de una dictadura.

Y no hablo, por cierto, de los cuatro últimos meses en que todos los poderes estuvieron sujetos á un solo hombre, poder que resultaba más absoluto y negativo de la libertad aun que Luis XVI y Bonaparte. Hablo de tiempos precedentes, cuando aun la autoridad estaba dividida en distintos organismos.

Es necesario explicar esto, porque aun hay muchos escritores autoritarios en el fondo que lo justifican, quizás por entenderlo de un modo contrario. Aparece en primer término el proceso, trama oscura, enigma que muchos han creído indescifrable. Y esto es ciertamente difícil cuando se ha de analizar á hombres que unos consideran como monstruos y otros como dioses. Entonces se impone no estudiar solo estos seres, si

no el medio en que vivieron, la atmósfera que respiraron, por decirlo así. Robespierre en este concepto pertenece á la inquisición jacobina.

Esta tiranía precedió á la tiranía militar. Una es justificación de la otra. Robespierre y Bonaparte tuvieron de común en sus destinos lo que afecta al carácter de los tiranos. Encontraron ambos preparados sus instrumentos de acción. Nada hubieron de crear. La fortuna puso en sus manos, terribles máquinas que ellos sin conocer su invención tuvieron tan solo que manejar para que aquellos produjeran sus efectos. Robespierre encontró las sociedades jacobinas, trescientas, seiscientas, miles de asociaciones que él como nadie sabía manejar. Ejército terrible, representado en cuarenta mil comités que gobiernan á la Francia, la defienden primero y acaban por hundirla. Bonaparte recibió las aguerridas tropas de la República. De esta heredó la espada encantada, infalible en sus golpes, y cuyo brillo impide que se vean algunos óxidos. Bonaparte arrastró el terror por todo el mundo, paseó la espada de la victoria creando odios contra Francia. La Europa guarda rencor á Bonaparte. Francia á Robespierre.

Sin embargo, en la naturaleza humana tan grande es la admiración hacia la Fuerza, que el Dictador y el Emperador continúan teniendo fanáticos.

Un hecho aparece grave y raro en la vida de Robespierre. Los realistas sintieron hacia él cierta debilidad. Juraban y perjuraban contra la Gironda, la Montaña, Danton, Chaumette. Ante Robespierre se inclinaron. Vieron que amaba el orden y protegía á la Iglesia y en su alma creyeron ver reflejada la de un rey.

Su historia es aun prodigiosa, más grande que la de Bonaparte. Las fuerzas que emplea Robespierre son más espontáneas, digámoslo así, tienen menos preparación, menos teatro... Se vé solo en primer término á un hombre modesto, un abogado, un literato, un hombre austero y honrado, pero cuya imagen parece de piedra, de incolora forma, que una mañana se despierta y se ve conducido á las más encantadas regiones de *Las mil y una noches*. Robespierre fué más que un rey: llegó á ser colocado en un altar. ¡Encantadora leyenda! ¡Asombroso triunfo de la virtud!

La figura de Robespierre ha sufrido grandes retoques. Los historiadores han rebajado su mérito. Si la reunión de un acendrado patriotismo y de cierto talento, indomable voluntad, trabajo infatigable, gran perspicacia y sobre todo instinto finísimo para manejar las asociaciones son condiciones suficientes para hacer un gran hombre, este es Robespierre, en quien tantas cualidades se hallaban compendiadas.

Su espíritu podemos decir realmente que era poco fecundo, inventaba poco. Esto aun era una ventaja para él. Si hubiera tenido más ideas es seguro que no hubiera llegado á tan alto punto ni hubiera sido tan consecuente. Estuvo siempre á la altura de su público, ni más ni menos.

Y esto que digo de Robespierre retrata fielmente al tipo jacobino. Para juzgar su espíritu de crítica, honrado y mediocre, no hay más que hacer sino mirar hacia París y ver el numeroso club formado por diputados como Duport, los Lameth, excelentes tipos para intrigar, al espiritual Laclos etc., etc.

Es necesario ver también al jacobino de provincias, más constante aun que el parisién, serio, tenaz, severo, patriota profundamente convencido.

Su primera finalidad fué la de ayudar al *Comité de indagaciones*, creado para vigilar la corte poco después de la Toma de la Bastilla. Detener á los fuertes y sostener á los débiles, esta fué su primera misión.

En mi libro *Luis XVI* he demostrado y también en los primeros libros de *La Revolución*, el terror indigno que la gente de espada, la clase noble, hacía pesar sobre todos; puede llamarse el *terror de la esgrima*, los prejuicios del honor. Llegaron los jacobinos y suprimieron este honor y aterrorizaron á los nobles.

Lucharon contra la división de castas y crearon una guardia poderosa y severa, incorruptible que dominó á estos enemigos insolentes y poderosos. Los Jacobinos al año de su existencia declaran que su misión consiste en *acusar*, en *denunciar* y juran que defenderán hasta morir la vida de alguien que les delate un hecho, que les denuncie á los conspiradores...

Se ha visto la forma en que Robespierre obtuvo su popularidad.

El 6 de Octubre, cuando las mujeres hambrientas acusaron á un representante de explotador del pueblo pidiendo que se abriera una información, solo un hombre, uno, las defendió: Robespierre.

Poco después pidió el matrimonio de los curas, obteniendo por ello la gratitud de todo el bajo clero.

Su primer golpe le granjeó la simpatía de los Jacobinos y el segundo las del clero: dos fuerzas entonces poderosísimas.

La prueba de la autoridad decisiva que ejercían, el pavor que infundían las decisiones de las seiscientas sociedades que en Febrero del 91 sumaban, es que el coloso Mirabeau murió por que quisieron ellas, por sus censuras, por su excomunión. ¡Era un espectáculo asombroso ver al día siguiente de la muerte de Mirabeau á Robespierre en la Asamblea hablando con estoica serenidad! Robespierre no se turba. En todas las deliberaciones es el mismo. En tono rígido dice: «He aquí lo que tengo el honor de exponer á la Asamblea.» Y después solicita una ley. Se le obedece y se vota. Los jacobinos, perseverando, trabajando todos con el mismo método, llegan á dominar en las grandes capitales.

Robespierre no solo es un hombre fuerte. Su figura raquíctica tiene algo admirable. Parece que sus carnes están en continuo contacto con sus sanos severos principios políticos. Como Duport, proscribía la pena de muerte. Contra la opinión de la Asamblea desea una especie de ser-

vicio obligatorio. «Tanto pobres como ricos deben figurar en las guardias nacionales.» Añade que á todos se les debe proporcionar armas; así lo hizo la Gironda.

Robespierre estudia detenidamente á los Jacobinos y á las demás organizaciones políticas de su época para descubrir que la idea de la República es esencialmente girondina. Fauchet, Bournonville, hablan de la República con entusiasmo.

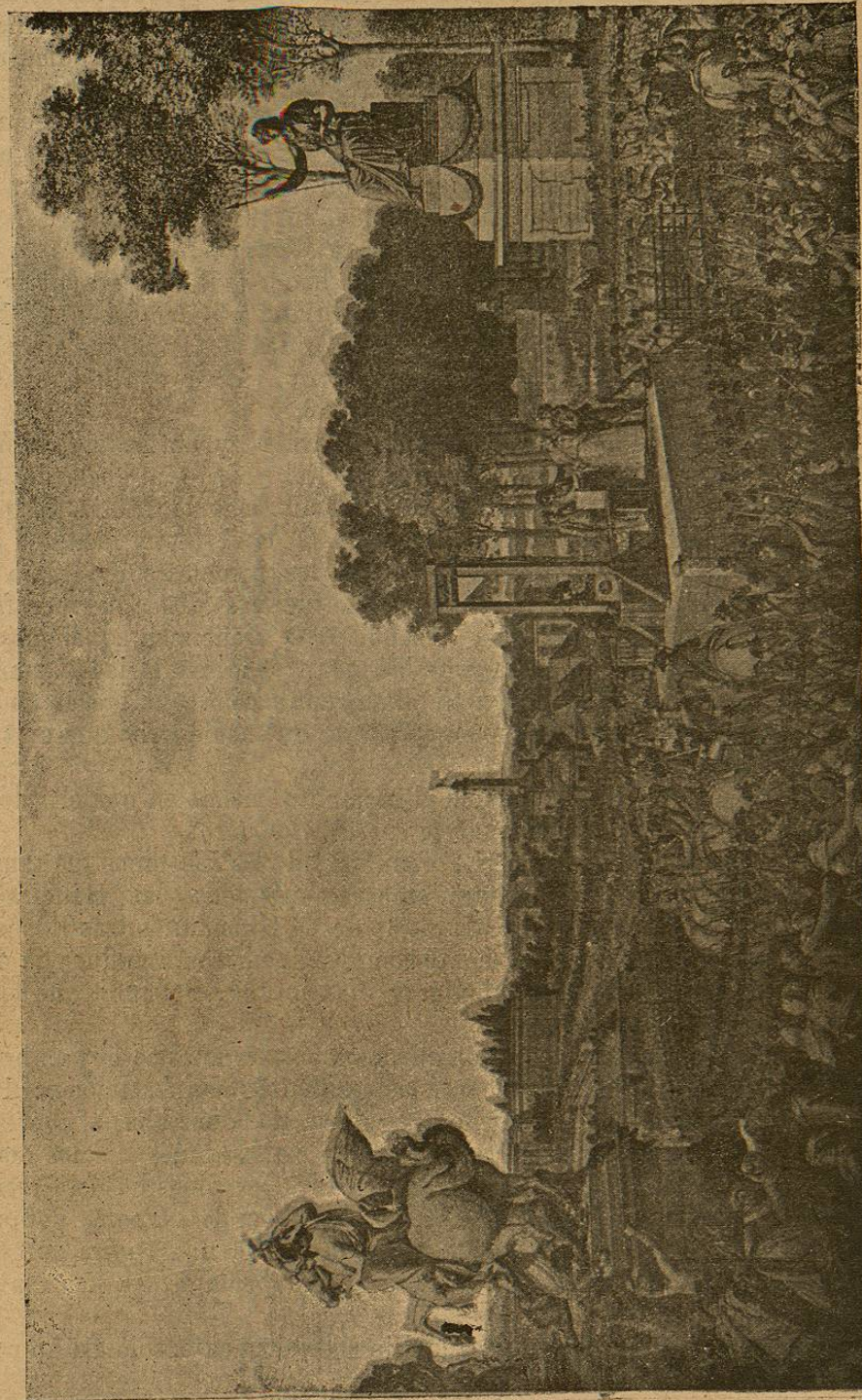
LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCION



«Nada de tiros. Atacad francamente á la bayoneta» (Litografía de Raffet.)

Después de la famosa petición republicana y de las matanzas del Campo de Marte (Julio del 91), Robespierre tomó á su cargo purificar á la sociedad Jacobina, separando de ella á los timoratos, á los tibios. Las provincias se adhieren á su conducta. Crea Robespierre su ejército, las fuerzas que ha de utilizar. Toda la Francia se arroja entre los brazos de los jacobinos. En dos meses se crean seiscientas sociedades más jacobinas.

Semejante fuerza desde entonces tenía una acción decisiva. Robespierre el 1.º de Septiembre destruye á Duport, al creador de los jacobinos.



EJECUCIÓN DE MARIA ANTONIETA

Jornada de 16 de Octubre de 1793. (De un grabado de la época.)

nos. Esta es una página de la vida de Robespierre que pertenece á la historia natural. El *boa constrictor* de las mil sociedades jacobinas, estrangula la idea general. Pero en el fondo no es á Duport á quien inutiliza, si no á la monarquía culpable.

Alguien, refiriéndose á Robespierre con motivo de la fuga del rey (en 1791), dijo: «¿No hace falta un rey? ¿Para qué está Robespierre?» Al siguiente año, Marat le llamó gran tribuno y dijo que él solo era el verdadero jefe de la salud pública. Muchos, suponiendo que la Francia podía tener un Cronwell, se acostumbraron á esta idea.

¿Se iba hacia la dictadura? ¿Se quería hacer de Robespierre un rey, es decir, unir el nombre, el título á su autoridad más que soberana? No lo creo: el título hubiera debilitado su autoridad de Papa que ejercía. En su fondo Robespierre era más cura que rey. ¿Ser rey? Hubiera sido descender.

Había mordido la manzana de la popularidad, y tan sabroso le fué este fruto que ya no pudo prescindir de él. Robespierre, al aborrecer de muerte todo obstáculo, revelaba en su alma un fondo de tiranía. El genio de Vergniaud, la fuerza de los Roland, la maravillosa facilidad de los Brissot, de los Guadet, la vivacidad de los bordeleses eran para él condiciones inaguantables. Y lo que aun le fué más odioso que todo fué la juvenil audacia de la Gironda lanzando á la Francia en aquel movimiento maravilloso de la cruzada de las picas, de armas forjadas en medio de la calle con más calor en el alma republicana que brasas en la fragua, distribuyéndolas al pueblo de suerte que nadie hubo que no tuviera su defensa.

¿Cómo acusar á la Gironda en el momento mismo en que ella desmascara á la corte denunciando su *comité austriaco*?

¿Lo creía así Robespierre? ¿La credulidad de los Jacobinos fué tanta que el mismo Robespierre anidara sinceramente todas las malicias y celos y sospechas contra el patriotismo de la Gironda? Quizás Robespierre y los suyos, viendo finalmente como se debilitaba la influencia de las mil sociedades jacobinas, adoptaran otra actitud, creyendo que solo ellas eran sinceros patriotas.

Acerca de la guerra, cuestión que los robespierristas de hoy embrollan cuanto pueden, hemos de hacer las siguientes manifestaciones: 1.^a La corte tenía un espantoso miedo á la guerra, no la deseaba, al contrario de lo que supone Robespierre, según han confesado los mismos realistas. 2.^a Una cruzada para la liberación de los oprimidos hubiera recibido la ayuda de los mismos pueblos que se habían de invadir, porque no se trataba de una guerra de conquista, si no de una guerra pura y exclusivamente revolucionaria. 3.^a Esta guerra había de ser ofensiva y rápida.

Cambon, el gran hacendista, lo dijo acertadamente: solo así no podía ser ruinosa.

Robespierre, enemigo de la guerra, refrena el movimiento, enerva

las fuerzas de quienes se proponen la conquista de los derechos del hombre en todas partes, hasta que el enemigo advierte nuestra situación y penetra el prusiano en nuestro territorio.

Este acontecimiento nos resta las simpatías de Europa y la guerra, por consecuencia de este aislamiento, se hace más dura dentro y fuera de la nación. Solo el terror jacobino logró levantar después tantos hombres en armas.

Bajo la Convención los Jacobinos llegan á su tercera etapa.

A los fundadores (Duport, Lameth) han sucedido los segundos Jacobinos, escritores en parte y girondinos como Brissot. La tercera época de los Jacobinos se distingue en que la sociedad se ha democratizado extraordinariamente. Abundan los obreros tales como el carpintero admirador de Robespierre y en cuyo domicilio vivió éste.

La idea fundamental del jacobinismo en esta época fué que el pueblo podía aun funcionando la Convención revocar sus acuerdos, inutilizar sus decretos, destituir ó castigar á sus representantes. ¡Pobre Asamblea, que casi antes de constituirse lleva en su seno los orígenes de su destrucción!

El golpe de Terror más grande se dió sobre la Gironda y Brissot. Por éste púdose adquirir mucha experiencia. Tales son las insidias que se ponen en práctica, que aun á los más conocidos enemigos del rey se les señala como agentes suyos. Esto son prodigios realizados por la fe jacobina. Esta fe llegó á negar la luz del mediodía y se creyó así. La afirmación del dogma católico de la Edad Media: «Este pan no tiene nada de pan: es Dios», es la expresión fiel de la fe jacobina. Regresamos en esto á los siglos de bárbara credulidad.

«Nada hay cierto ni justo en cuantas acusaciones se hagan contra Robespierre.» Está en la piedra fundamental de una nueva fuerza que admiren los Jacobinos, que tiene por piedra angular la fe ciega en la honradez de un hombre.

He admirado la exaltación de los escritores jacobinos. Llegan casi siempre en sus escritos de polémica á un furor nervioso que da á sus páginas un simpático calor. Siempre juegan las ideas con un entusiasmo ejemplar y convencen casi siempre, pues ponen á la patria, el engrandecimiento del suelo natal, por encima de todas las cosas humanas.

Robespierre, el severo y humano filántropo del 89, había dicho cosas atroces.

Robespierre en el 89 tuvo una figura atractiva, suave. Desde entonces, en vez de acrecentar sus actos este carácter, dándole más relieve, se endurece su contorno y las líneas que antes aparecían dulcemente trazadas adquieren un tono feo y áspero. Es espantable ver aun el mismo 2 de Septiembre á Robespierre que en la Comuna, sentado junto á Marat, reanuda su eterno tema: «Se pretende que un alemán sea rey de Francia.» Si Roland y su esposa no murieron bajo los golpes de estas palabras fué más que milagrosamente.